

**Asamblea 2016 de la Conferencia de liderazgo de religiosas
Atlanta, Georgia**

**Ser líder a partir de la atracción del Santo Misterio:
Contemplación y transformación
Pat Farrell, OSF**

Estoy verdaderamente agradecida, realmente feliz, de ser parte de este evento que se centra en lo que es profundamente importante para mí en lo personal, y que estoy segura lo es para todas nosotras: la contemplación. He sido invitada a decir unas palabras en torno a lo que se quiere expresar sobre nuestra experiencia común de adentrarnos más hacia lo divino. Creo que la consciencia surge entre nosotras tanto a través de las palabras pronunciadas como a través de lo que se escucha. Su escucha es tan importante como cualquier cosa que pueda decir, así que invito a una escucha de múltiples capas. Escúchense a sí mismas mientras me escuchan. Noten lo que aflora en su interior para que puedan beber de las aguas vivas ya derramadas en ustedes. Juntas vamos conscientemente a abrirnos a escuchar lo que resuena en el todo. Al empezar, las invito a tomar un momento para formular esa intención y disponerse a una escucha amplia y profunda.

En esta asamblea claramente estamos experimentando el cambio a un tono y un estilo más contemplativos. LCWR ha diseñado procesos de reflexión más comunales y ha incorporado un silencio más fervoroso. Este cambio ha sido continuo y gradual. Es menos una iniciativa de la LCWER, aunque ciertamente lo es, y sinceramente reconozco el liderazgo de LCWR. Sin embargo, más que una iniciativa, es una respuesta al movimiento del Espíritu que ha estado obrando entre nosotras desde hace algún tiempo y que cada vez es más manifiesto. Hacia donde nos conduce este impulso contemplativo es menos obvio. ¿Cuál será el efecto a largo plazo de la reivindicación y profundización de la dimensión contemplativa de la vida religiosa? ¿de explorar la consciencia emergente? Me viene a la mente el Movimiento de Formación de las Hermanas de los años 50. Las religiosas de los Estados Unidos jamás podrían haber previsto cómo nos posicionó para responder como lo hizo Vaticano II, con una visión educativa fresca y una red nacional de tutoría y apoyo mutuos. Creo que el enfoque contemplativo de la LCWR una vez más nos posiciona para responder a un futuro imposible de anticipar. El cambio ya se dio en LCWR no sólo para este momento y, por supuesto, no sólo para nosotras. Creo que estamos siendo guiadas en este camino por el bien de la Iglesia y el mundo.

Al empezar mi reflexión sobre la charla de hoy lo que me seguía llegando era la noción de contemplación como una manera de estar disponible para la irrupción del Reino de Dios. Al principio no hice caso porque no encajaba con el título de esta exposición que presenté hace algunos meses. Tampoco las expresiones del “Reino de Dios” me parecieron adecuadas para considerar la consciencia emergente que sabía constituiría el enfoque de esta asamblea. Pero la

idea de apertura al Reino de Dios no desapareció, así que escuché y es esto lo que voy a considerar con ustedes esta mañana.

Comienzo por recordarles lo que ya bien saben. El Reino de Dios, el Reino de Amor es absolutamente medular en el mensaje de Jesús. Habló de ello con una pasión irresistible, instando a sus seguidores a dedicarse a hacerla más presente y operante. Jesús invitó a la metanoia, es decir, a la transformación de la consciencia, a un nuevo orden basado en la justicia, la misericordia, la inclusión y el amor. Es interesante notar que Jesús sólo habló del Reino de Dios a través de metáforas, parábolas e imágenes poéticas. Tal vez para capturar un sentido de su misterio que se extiende más allá de lo observable y lo lógico, para dejar bien claro que el Reino de Dios desafía toda interpretación literal.

Jesús no pareció esperar que la mayoría de sus oyentes realmente lo entendieran. “Que los que tengan oídos, oigan.” Las siguientes palabras del Evangelio de Lucas, sin embargo, describen la respuesta de Jesús a quienes sí entendieron. “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has dado a conocer a los sencillos”. La traducción al español de este texto prologa las palabras de Jesús: “Jesús, movido por El Espíritu Santo, se estremeció de alegría y dijo...” En otras palabras, Jesús movido por el Espíritu “tembló de alegría” o “se estremeció de gozo” al exclamar...No puedo pensar en otras referencias en los Evangelios a la profunda alegría de Jesús. Realmente lo hizo feliz encontrar a aquellos cuyos corazones y mentes eran receptivos a la irrupción del Reino de Dios. Lo entendieron, no por sus conocimientos, inteligencia, estado social o propia importancia. Por el contrario. Más bien parece que la suya fue una simple receptividad a un don, una apertura humilde, una rendición a la inmediatez de la presencia de Jesús y su mensaje en ese momento.

Creo que la contemplación puede ahuecar en nosotras también el mismo tipo de receptividad. Esta amplitud de profunda oración prepara nuestros corazones para la irrupción del Reino de Amor, que de hecho, es una consciencia evolutiva. Consideremos algunas de las metáforas del Reino de Dios con la esperanza de hacernos una idea de cómo nace la transformación de la consciencia.

En primer lugar, Jesús dice claramente que el Reino de Dios está en nuestro interior. No está lejos de nosotros, ya está entre nosotros. Está escrito en nuestros corazones. La presencia interior de lo Divino está siempre accesible. Sólo necesitamos despertarnos al misterio del Amor siempre presente, siempre capaz de transformarnos a nosotros y a nuestro mundo. Surge del interior como un impulso hacia la plenitud capaz de permear toda la vida. Ahora sabemos que todo tiene una interioridad. Estamos descubriendo un universo cuyo orden implícito se desarrolla en patrones creativos y evolutivos hacia la plenitud revelada como Amor. La contemplación es una apertura intencional a la Vida dentro de nuestra vida, a ese Corazón dentro de nuestro corazón. El orar en silencio y con atención es dejar caer una plomada en el abismo del Santo Misterio que todo lo nutre. Es sumergirse suficientemente para tocar el Vacío Fértil desde donde surge todo movimiento creativo. El movimiento divino dentro de nosotros se alinea con lo que es más profundo y verdadero en nosotros. El Amor está siempre presente,

siempre ha estado presente, pero necesita ser liberado en nuestro interior, ser conscientemente abrazado, permitirle que sea el todo en nosotros. Nos invita a nuestra entrega total.

Conforme las realidades internas se realinean en nosotras, algo también cambia en el mundo que nos rodea. Hay una forma en la que el interior y las dimensiones externas se reflejan entre sí. No son las mismas, pero fluyen de manera interactiva, sincrónica, interdependiente, en influencia mutua. Decir que el Reino de Dios está dentro, no significa que es meramente privado o individual, incorpóreo, de otro mundo o ahistórico. Es sugerir que la transformación fluye de lo interior a lo exterior. La Contemplación, entonces, es realmente transformadora, no sólo para nosotras, sino para el mundo. La capacidad de amor inclusivo que crece dentro no puede ser contenida y nos impulsa hacia una acción transformadora en el mundo. Meister Eckhart habla de la inhalación y la exhalación, de la contemplación y la acción. Si una es auténtica, conduce a la otra. Ambas son esenciales para nuestra vida en Dios. La transformación a cualquier nivel es contagiosa, siempre creando un efecto en cadena. El Reino de Dios está dentro, pero continuamente se despliega hacia el exterior.

Jesús usó otras metáforas. El Reino de Dios se refleja en las semillas sembradas en un campo. Crecen durante la noche. Nótese. Las semillas germinan en la oscuridad, sin cuidados, sin esfuerzo. No sabemos cómo sucede y no podemos hacer que suceda. De alguna manera las semillas germinan y dan fruto. Así también la transformación que se gesta en el silencio interior ocurre de manera misteriosa, gratuita, por lo general de manera imperceptible. El Reino de Dios, al igual que la presencia misma de Dios, llega, llamada o espontáneamente. No sucede sin nosotras, pero, sin lugar a dudas, más allá de nosotras. La contemplación es una sintonía consciente de la energía transformadora del Amor que ha sido desatada en nosotros y en el mundo. La elección de entrar en el espacio del profundo silencio nutre la receptividad interior a esa energía de Amor que fluye en y a través de nosotras. Pero la irrupción del Reino de Dios permanece siempre como un don absolutamente gratuito, independiente del esfuerzo y ciertamente más allá del control. Sólo podemos ofrecernos a nosotras mismas abiertas y disponibles a ese Misterio.

El Reino de Dios es semejante a la levadura que se expande en silencio y transforma toda la masa en una fuente de alimento. Sin embargo, la levadura tenía connotaciones negativas en los tiempos de Jesús, a menudo como símbolo de corrupción. El uso deliberado de Jesús de esta metáfora plantea una pregunta. ¿Podría ser que el Reino de Dios surge de lugares sorprendentes e incluso sospechosos como la vilipendiada levadura? ¿Puede el Reino de Dios surgir de lugares inesperados o no autorizados? ¿Puede el Reino de Dios surgir incluso de lugares del mal, de personas de mala reputación, de lo sucio, lo feo, lo violento y lo rechazado? Pienso que eso es lo que la imagen del Evangelio insinúa: una verdad aplicable tanto a nivel personal como social. El Reino de Dios bien puede entrar a nuestras vidas a través de esas mismas partes oscuras nuestras que preferimos negar, dimensiones que tienden a aparecer, sin embargo, en el silencio. El silencio profundo de la contemplación puede enfrentarnos con nuestra propia negatividad y resistencia, que si no se rechaza, evita o niega puede ser un lugar privilegiado de encuentro con el Santísimo. Puede ser transformador simplemente el estar

presentes sin juicio ante lo que se siente lejos de toda cosa sana o santa. Abrazar con aceptación la impotencia que sentimos frente al dolor, la violencia o la pérdida es encararla con una hospitalidad interior. Mirar larga y amorosamente lo que realmente es, tal y como es, arroja una luz sobre la oscuridad tanto interna como externa, a menudo disolviendo el poder que ejerce sobre nosotras. Y como Meg Wheatley perspicazmente sugiere, en estos momentos de agitación, la contemplación puede por lo menos ayudarnos a estar presentes, a mantener abiertos nuestros corazones frente a lo que no podemos cambiar.

El Reino de Dios también nos invita a una respuesta cabal: a encontrar el tesoro, a vender todo, a comprar el campo, como lo expresó Sandra Schneiders en su trilogía sobre la vida religiosa. Como una perla de gran valor, exige todo lo que somos, y todo lo que tenemos, instando a nuestra inversión total. Ya nada importa. “Nada importa más, nada importa más”...se repite en mi como un mantra desde que empecé esta reflexión. El Reino de Dios exige todo lo que somos. Nos pide todo. ¿Lo que nos capacita, entonces, es reunirnos y reunir nuestras vidas para dirigir las fielmente hacia un viaje espiritual de toda la vida? Es un don que nos atrae y se despliega desde dentro. Requiere sólo la intencionalidad de permitirlo y de abrirnos. La respuesta cabal a la que estamos invitadas surge de la presencia del Santo Misterio que nos seduce hacia una total entrega de corazón y que al mismo tiempo labra en nosotras nuestra capacidad de entregarnos al Amor infinito.

En algún momento del camino espiritual podemos esperar un proceso interno más o menos predecible para descombrar y desmontar. La sombra personal y colectiva limita nuestra energía para un amor profundo y exige sanación y transformación. Constance Fitzgerald describe con estas palabras la profunda purificación que se necesita: “Mientras uno se preocupa de llenar las grandes cavernas de la mente, el corazón, la memoria y la imaginación con conocimiento humano, recuerdos y sueños que parecen prometer completa satisfacción, o por lo menos, más de lo que pueden entregar, la persona es incapaz de sentir o siquiera imaginar la inmensa oquedad que uno es. Sólo cuando uno se da cuenta del carácter ilusorio y limitado de esa saciedad... las profundidades de hambre y sed que existen en la persona humana, su capacidad infinita, podrán ser realmente experimentadas.”

Este proceso de purificación nos encontrará. No tenemos que ir en su busca. Este vaciamiento se lleva a cabo tanto en la contemplación como a través de la vida como nos llega. Internamente, podría tomar la forma de una pérdida personal en tiempos de transición, en el proceso de envejecimiento o a la muerte de seres queridos. Externamente el “vender todo” podría implicar incluso vender las casas madre, el despojarse de ministerios queridos que ya no podemos mantener. Se refleja en el colapso que Marcia nos describió en su discurso presidencial y precursor de la verdadera esperanza. Sin embargo, no centramos nuestra atención en la purificación. Nos centramos en el crecimiento. Nos centramos en la irrupción del Amor, la sabiduría la compasión, la presencia la evolución de la consciencia, en lo nuevo que Dios realiza. Purificación es preparar el terreno para algo más.

Por último, encontrar el tesoro implica una búsqueda, el impulso humano completamente universal. Este anhelo de Dios está arraigado en nosotras. La extensión hacia el Amor también está presente en toda la creación, gime hacia su plenitud en Dios. Nuestra capacidad de infinito nunca se satisface con menos. Existe un instinto de Dios en nosotras que nos impulsa hacia la búsqueda de algo más, incluso cuando se experimenta como un profundo vacío. Nuestra experiencia vivida del deseo de Dios viene y va, pero el movimiento interior es continuo. Es la gracia de saber que el mayor anhelo es en efecto el anhelo de Dios, y que brotó en nosotras por una cercanía íntima de Dios que siempre nos atrae hacia la plenitud del Amor. Rilke la describe en este poema:

Te amo, el más suave de los Caminos
que nos maduraste mientras luchábamos contigo.

Tú, la gran añoranza de la que nunca nos pudimos librar,
tú, el bosque que siempre nos rodeó.

Tú, el canto que cantamos en cada silencio,
Tú la red oscura tejida a través de nosotras,
El día que nos hiciste tú mismo te creaste
Y crecimos robustas bajo la luz de tu sol.

Descansa ahora tu mano en el borde del cielo
y en silencio soporta la oscuridad que traemos sobre ti.

Del mismo modo, Cynthia Burgeault habla sobre el deseo de Dios como una querencia, una "brújula interior cuyo norte magnético siempre está fijo en Dios". Ella sugiere que el anhelo es mutuo, de Dios por nosotras y de nosotras por Dios, quien nos llama a una comunión cada vez más profunda.

Esta unidad, esta irrupción del Reino de Amor es, de hecho, una nueva consciencia de nacer. ¿Qué nos revelan las metáforas que Jesús usó sobre esa transformación? Ya está presente en nuestro interior. Al despertar a ella, se lleva a cabo un movimiento transformador hacia el exterior. Crece misteriosamente, gratuitamente, expansivamente, sorprendentemente, dónde y cómo quiere. Nuestro profundo anhelo de Amor nos seduce a través de un fuego purificador hacia una entrega total al Misterio Santo. Nada importa más.

Nada de lo que dije esta mañana es nuevo. La vida religiosa siempre ha estado arraigada en tierra mística. Atesoramos ese legado. Lo que es nuevo, sin embargo en este momento, es tu llamado a ser líder en este momento de la historia.

Como líderes elegidas, han sido invitadas a ser fermento del Reino de Dios en nuestras congregaciones, mientras que nuestras congregaciones han sido llamadas a ser fermento en la Iglesia y el mundo. La pregunta es, ¿cómo se hace esto ahora? En estos momentos, el miedo y el

odio llevan nuevas caretas: una campaña presidencial preocupante, la policía y la juventud negra asesinadas en tándem, la degradación del medio ambiente, la escalada del terrorismo. Sin embargo, el ser humano tiene hambre de conexión. Desde hace tiempo ha surgido un interés en las tradiciones espirituales y las prácticas de meditación. El Papa Francisco surgió de repente, abriendo nuevamente las puertas y ventanas de la Iglesia. Los descubrimientos del avance evolutivo y la consciencia integral emergente nos llevan a direcciones inmensamente esperanzadoras. Este es nuestro momento. El mundo en torno está al borde de peligros y promesas. La ruptura y los avances se enfrentan entre sí. La ruta de avance se esconde en la niebla. Es nuestro tiempo de guiar. Para hacerlo debemos aprender a ser guiadas y a escuchar profundamente. Juntas descubriremos procesos personales y comunales para una oración más profunda y un diálogo. Se nos dará lo que necesitamos para cuidar el alma de nuestras comunidades mediante el fomento del espacio contemplativo.

Me detendré aquí para invitarlas nuevamente a notar lo que se mueve en su interior y en el conjunto en respuesta a lo que acaban de oír.

He sido invitada a hablarles sobre mi experiencia personal en la contemplación, especialmente durante mi liderazgo congregacional y nacional. Es difícil ponerlo en palabras, pero compartiré con ustedes las experiencias y aprendizajes que hasta ahora he podido cosechar. Espero que escuchen en mis palabras cierta resonancia o percepción para su propio proceso de liderar desde un espacio contemplativo.

Permítanme primero establecer el contexto de mis comentarios con un poco de mi historia personal y espiritual.

Desde muy pequeña he tenido consciencia de un deseo de Dios. Es lo que siempre he visto como la esencia de un llamado a la vida religiosa, al menos en mi caso. Al igual que con todas nosotras, el anhelo de Dios nos ha impulsado a un sendero sinuoso a través de muchas fases de teología, espiritualidad, imágenes de Dios y modalidades de oración. Coquette varias veces con la vida religiosa contemplativa, pero siguiendo la orientación manifiesta a través de puertas que se abrían o cerraban, tengo claro que mi hogar espiritual está entre las Franciscanas Dubuque. Durante mucho tiempo, especialmente durante mis primeros años en América Latina, una historia que prendió mi experiencia sentida de la búsqueda de Dios fue *El cuarto rey mago* de Van Dyke. Narra la experiencia de un mago que impulsado por un gran deseo, parte con los otros tres, pero al ser confrontado con una imperiosa necesidad humana se queda atrás para responder a esa necesidad. Nunca llegó a Belén, pero finalmente se dio cuenta que a lo largo de todo el camino había encontrado al Santísimo que buscaba en los vulnerables que a su paso encontró.

Mi viaje de vida en particular me ha puesto frente a situaciones de violencia y tortura y me ha llevado a buscar el rostro de Dios de la misericordia no violenta y el amor y a trabajar a favor de la no violencia en mí misma y en el mundo que me rodea. Vine a poner en palabras los compromisos medulares a los que me sentí llamada como la oración, la pobreza y la lucha por

la justicia. El componente de justicia se seguía redefiniendo hasta incluir dimensiones más amplias como mujeres, el medio ambiente, la Iglesia – cada uno con percepciones teológicas frescas y nuevas ventanas a lo Divino. Para ayudar a curar las heridas de guerra, finalmente encontré mi camino en la sanación holística y en ejercicios de respiración y energía (trabajo energético) lo que cambió mi forma de pensar, mi visión del mundo y espiritualidad.

El anhelo de Dios siempre persistió. Me llevó a estancias en ermitas y a un ashram dominicano y a un compromiso con la práctica de meditación personal. Finalmente me fui de América Latina para ayudar a establecer una comunidad intencional centrada en la oración contemplativa. De allí fui elegida para el liderazgo de la congregación y para la presidencia de LCWR. Y aquí estoy con ustedes hoy.

Les he dado un breve vistazo a mi historia. Tómense un minuto ahora para mira alrededor de la habitación. Cada persona que ven podría contar, como lo acabo de hacer, un viaje espiritual muy personal, único para ella. Y, sin embargo, creo que todas nos identificamos con cada una. Compartimos un corazón común, un solo campo de presencia, sabiduría y amor. Estamos siendo atraídas juntas al mismo movimiento evolutivo hacia la plenitud en Dios. Somos uno.

Ahora, voy a ser más puntual en cuanto a mi experiencia de la contemplación en relación con el liderazgo. Tiene una dimensión “Yo” y una dimensión “nosotras”. A nivel de “Yo”, mi primer aprendizaje fue sobre hacer espacio y sobre la amplitud que la contemplación permite. Después de ser elegida al liderazgo de la congregación, me enfrenté al desafío de encontrar un ritmo para orar. El ritmo de vida de pronto se aceleró con las exigencias de la función. Recuerdo haberme sentido como si me hubiera subido a una caminadora de la que no me podría bajar hasta la elección del siguiente equipo. Después de varios meses empecé a recuperar el aliento y a hacer espacio para el silencio y la oración. Luego tuvo la gran fortuna de poder pasar una cuarta parte de mi tiempo como líder en soledad y oración. Estoy segura que a la mayoría esto les parece completamente imposible. Nuestro equipo tenía que experimentar con que algunas de nosotras nos dedicáramos a un ministerio de tiempo parcial en preparación para una decisión del Capítulo de reducir el número de integrantes del equipo de liderazgo. Mi compromiso de tiempo parcial fue con un espacio contemplativo. Lo consideré un verdadero ministerio, una importante contribución al liderazgo. Lo vi como el sostenimiento de un espacio sagrado para la congregación. Por lo menos, testimonió la importancia de la dimensión contemplativa para todas nosotras. Supe que estaba en un espacio “Yo” que se me dio para el bien de “nosotras”.

Al abrirme al silencio, experimenté una transformación de una manera casi imperceptible. Noté cambios graduales en mi misma, observables sobre todo en retrospectiva al mirar hacia atrás y sentí que algo en mí era diferente. Por ejemplo, me sentí capaz de estar más presente. No sé si externamente podrían verlo las demás. Mi tiempo contemplativo no causó drama y raras veces hablaba de ello. Sació un hambre profunda en mí y pareció permitirme responder a los desafíos del liderazgo con cierta profundidad y creatividad. En el silencio y la soledad algo en mí se

amplió gradualmente. Tomé consciencia del crecimiento lento de mi capacidad de ser más compasiva, menos reactiva y crítica.

Tomé mayor consciencia de lo que surgía en mí: ideas, percepciones sutiles, escritura, sentimientos de todo tipo, recuerdos, cantos cuyas palabras parecían hablarle al momento. A veces un tema o una frase surgían, como un mantra, y permanecían conmigo por un tiempo. Durante la evaluación doctrinal me llegaba la frase “en tus manos encomiendo mi espíritu.” Después, al dejar el liderazgo...las palabras que me llegaban eran “me abro, me ofrezco.” Me perseguía una preocupación particular, una persona o un problema, a veces pidiendo una respuesta. Cobré mayor consciencia de los sincronismos en mi vida, y había muchos. Poco a poco me sentí un poco más anclada, más fundamentada, consciente de una mano invisible que sostenía el hilo de mi cometa. Me di cuenta que podía confiar en mí un poco más, confiar en la presencia de Dios en mi interior y en lo que de allí se desarrollaba; confiar en la comunidad, los procesos, las consecuencias, los resultados limitados, las personas limitadas, los recursos limitados, mi yo limitado. También hubo momentos cuando nada de lo que he mencionado pareció durar y sólo pude identificar resistencia o regresión. Descubrí que el alma tiene estaciones y que la transformación ocurre de manera desigual. A veces hay un florecimiento inesperado, y a veces la transformación parece alejarse con pérdida y agitación o por ninguna razón aparente.

La amplitud contemplativa me permitió, sobre todo, estar con lo más difícil. Empecé a notar lo que estaba evitando o lo que estaba tratando de llegar a mi consciencia. No siempre encontré fácil mi espacio contemplativo, aunque imagino que hubo quien pensó que estaba en una especie de vacación en mis tiempos de eremita. Una gran consciencia de mí misma surgió espontáneamente, alguna como afirmación y otra desagradable y desafiante. Concluí que al adentrarme más durante tiempos de silencio más prolongados puede desbloquear partes del subconsciente anteriormente inaccesibles y que esto puede ser un desafío y una oportunidad invaluable para el crecimiento. Podía encontrar un millón de maneras para distraerme. La resistencia me acompañó constantemente.

Reconocí el valor del espacio contemplativo para abrirme a la presencia del dolor y el estancamiento, a los problemas irresolubles y las vulnerabilidades personales, especialmente cuando no tenía ni idea de qué hacer con ellas. La amplitud también me llevó a saborear las experiencias, a digerirlas, a no pasar precipitadamente sin verlas. Me permití ser tocada por algunos de los momentos privilegiados que nos suceden en el liderazgo. Aprendí, con cierta dificultad, a ser fiel al llamado al silencio contemplativo cuando parecía estar fuera de sincronía con el mundo a mi alrededor y me enfrentaba a las expectativas de otros. Incluso con el apoyo y el aliento del resto de mi equipo, requerí disciplina para mantener el compromiso de labrarme un espacio de silencio. Lo marqué en mi calendario y traté de dedicarle la misma importancia que nuestras reuniones de equipo, pero hubo momentos en que simplemente lo evité. En otras ocasiones, lo anticipé ansiosamente y me sumergí en la quietud como en un preciado respiro del alma.

Seguí practicando la meditación con un mantra activado desde hace tiempo. Por experiencia, la meditación simplemente se siente como una disciplina cotidiana y un gran vacío. Confío en que el profundo movimiento del Espíritu allí suceda, por imperceptible que sea. Es un misterio. Tengo la sensación de movimiento, pero no sé qué es ni cómo es. Se requiere un acto de fe en que algo que no puedo percibir realmente está ocurriendo en algún nivel. De vez en cuando puedo saber cuando puedo penetrar más profundamente en la quietud. De vez en cuando puedo percibir sutilmente una Presencia expansiva y encuentro la quietud nutritiva y reparadora de manera profunda aunque sutil. Por lo general, esta experiencia es muy imperceptible, y sin embargo, paradójicamente mientras más medito, la siento más esencial. Maharishi, el maestro de la meditación trascendental, describe la meditación como una tela empapada en el tinte del silencio y luego puesta a secar, destiñéndose bajo el sol de las actividades y preocupaciones cotidianas. Sin embargo, existe un efecto acumulativo. Con el tiempo el color intenso impregna la tela y ya no se destiñe. Lentamente nos vamos impregnando del Amor Infinito y el color permanece.

A nivel personal, entonces, se me dio el don del tiempo y el espacio para la contemplación y lo encontré transformador. Sabía que no era para mí sola, como algún programa de acondicionamiento espiritual privado para la iluminación personal. Lo que surge en cada una de nosotras viene como un don del más allá, un fermento para transformar el conjunto, y de hecho, tiene el poder de hacerlo. La contemplación es liderazgo, liderazgo transformador.

A nivel comunal, las religiosas han sido invitadas a adentrarse juntas en la amplitud de los procesos contemplativos. Las circunstancias de nuestras vidas congregacionales nos han estado dirigiendo. Nuestro futuro es incierto. Sólo podemos crearlo juntas y existe una necesidad urgente de capacidad para sentir lo que está surgiendo en el grupo. El discernimiento comunitario de algún tipo siempre ha sido parte de la vida religiosa dinámica, pero hoy existe una nueva urgencia de profundizar nuestra capacidad de escuchar y de seguir la guía de la sabiduría colectiva. Los aprendizajes y procesos que surgen de las congregaciones y a través de la LCWR son un don y un llamamiento. El futuro nos está llevando más allá de lo personal hacia la transformación comunitaria.

En mi experiencia en el liderazgo congregacional encontré que el proceso de diálogo contemplativo promovido por la LCWR es sumamente útil. Como líderes, muchas de nosotras buscábamos una manera de abrir un espacio contemplativo en todo un grupo. Se hizo evidente que una vez que un grupo se siente más cómodo durante períodos de silencio más prolongados, el deseo de estar juntas de esa manera también aumenta. Se requiere intención y enfoque para hablar juntas desde una fuente más profunda, desde un lugar de paz, para cosechar la sabiduría del conjunto. Estamos aprendiendo juntas a crear entre nosotras una cultura de escucha profunda y diálogo. Estamos encontrando maneras de entrar en un espacio contemplativo al hablar entre nosotras para realmente escucharnos unas a otras y para respetar los puntos de vista de la minoría.

Aquí hay retos de liderazgo. Las congregaciones se enfrentan a situaciones difíciles que requieren planificación a largo plazo para problemas estructurales, organizacionales, financieros y logísticos. Nuestra cultura orientada a la tarea hace que sea más fácil para muchas personas abordar primero las realidades más concretas y tangibles. Puede ser más difícil centrarse en la creación de procesos y diseños que tienden a la vida colectiva interna de la congregación, que permitan a los miembros hablar juntas desde una profundidad contemplativa. Puede ser un reto crear espacios alrededor de las tareas de liderazgo que impliquen tensión y toma de decisiones complejas con el fin de permitir un acceso más profundo a la sabiduría requerida.

Concluyo compartiendo algunos aprendizajes personales de mi experiencia como líder.

Tanto a través de la dirección de la congregación como de la LCWR aprendí que mi vida no es mía. Con el sinfín de problemas que enfrentan las líderes de congregación, las agendas personales son bastante inútiles y se desaparecen rápidamente con cualquier verdadera apertura de nuestra parte. Aprendí que fui creada para toda la vida y que pertenezco al todo. Todos los aprendizajes, oportunidades, personas y experiencias que me han conformado me fueron dados para un propósito mayor. La vida entonces me invita a entregarme a ese propósito. Podría entenderlo como vocación, como divina providencia, flujo, gracia, destino personal. Estoy en una situación particular en un momento determinado por una razón. Puedo asegurarles que muchas veces me he preguntado cómo es que me encontré en medio de una evaluación doctrinal. Aprendí a confiar en que a medida que respondo a lo que está ante mí, aunque sienta que sobrepasa mis capacidades, se me dará lo que necesito. Una y otra vez lo experimenté tanto como líder de la congregación como de la LCWR. Las palabras llegaron cuando algo importante debió ser dicho. Si tan solo me presento voluntariamente con mis pocos panes y peces, viviremos suficiencia e incluso, abundancia. Francisco de Asís llamó a Dios e nuestra suficiencia y experiencia de bendición.

Para mí, dos aprendizajes sobre el valor del espacio contemplativo se destacan a nivel del liderazgo nacional. Antes de que las líderes de la LCWR visitaran el CDF y recibieran el mandato, nos sentamos juntas en un círculo de oración en silencio durante una hora. Entramos a la crucial reunión del Vaticano en un estado de profunda paz. No percibí ningún temor, ni en mí ni en las demás líderes de la LCWR. A menudo me he preguntado cuál habría sido nuestra primera respuesta al mandato si no nos hubiéramos reunido desde un espacio contemplativo.

La otra experiencia de amplitud fueron las seis semanas de silencio público después del mandato antes de que el consejo nacional de la LCWR pudiera reunirse y redactar una respuesta. Como bien saben, algo muy importante ocurrió durante el tiempo en que no se habló públicamente. Las emociones estallaron y se calmaron. Otros comenzaron a expresar públicamente sus respuestas en formas que nosotras no podíamos, y una oleada de apoyo galvanizado cundió espontáneamente. No había espacio para que la sabiduría colectiva surgiera antes de que el liderazgo de la LCWR estuviera en posición de emitir una declaración pública.

El silencio prolongado fue fructífero en formas que no podríamos haber imaginado y que probablemente nunca sabremos. Abrió un espacio para que algo pudiera surgir, y surgió. En un principio el espacio fue creado por nosotras, por las circunstancias de nuestra estructura. Pronto se hizo evidente que era un don y un gran aprendizaje.

Otro aprendizaje, tanto a nivel personal como comunal, tiene que ver con la dimensión invisible de la expansión que brota de la consciencia del movimiento invisible del Santo Misterio dentro y alrededor de nosotros. Permítanme compartir brevemente algo de mi temprano viaje en la fe. Unas tres semanas después de mi ingreso a la congregación a los 18 años, me encontré con una crisis de fe que duró unos 3 años. Decidí que no podía afirmar mi vocación religiosa sin saber si lo que me habían enseñado sobre Dios era realmente cierto. ¿Cómo podría saber con certeza que Dios existía? Así que leí, analicé y cuestioné todo y a todos. Sin duda escucharán en esta narración y proceso algo bastante predecible en línea con la edad en el proceso de llegar a una fe adulta que apropia y profundiza los entendimientos tempranos. Sin embargo, en ese entonces no tenía ni idea y estaba en la angustia. Durante el tercer año de mi agitación interna caminaba sola en una tarde/noche de verano por la colina detrás de nuestra casa madre y me sentí cautivada por la belleza de un cielo estrellado. Reflexioné: “Cada estrella se ve como un pequeño punto de luz, pero en realidad es una enorme masa de fuego y un agitado gas más grande que la tierra. Sé que es verdad, pero no parece ser.” Al escucharme caí en la cuenta que incluso lo que sé que es real rebasa lo que el humano puede percibir. Todo es más de lo que parece. En un solo momento se calmó en mí la duda de fe y la parálisis del análisis cesó. Experimenté misterio y asombro. Ya no había nada que averiguar. Fui movida a confiarme a la Presencia Misericordiosa oculta en la oscuridad más allá de lo que yo pudiera percibir o comprender.

Recuerdo ese acontecimiento que compartimos porque capta una realidad paralela en mi experiencia más reciente. Durante los últimos años una verdad similar ha estado resonando en mí. Lo que profundamente me ha sorprendido dentro de la explosión de descubrimientos científicos sobre el universo es esto: el noventa y cinco por ciento de todo el universo se cree que es materia oscura o energía oscura. La materia oscura tira el cosmos hacia su interior, actuando como una masa invisible que sostiene juntas las galaxias. La energía oscura hace girar el universo hacia el exterior. La tensión entre estos dos movimientos mantiene unido el universo en un equilibrio dinámico. Sin embargo, ese noventa y cinco por ciento del universo no refleja la luz y, por lo tanto, es eternamente invisible, conocido sólo por los efectos observables. ¡El noventa y cinco por ciento del universo es invisible; ¡Me parece asombroso!

¿Y si esa misma oscuridad es una realidad en otros niveles, o en todos los niveles? ¿Es un salto de lógica afirmarlo? ¿O en un universo holográfico podemos esperar realidades internas y externas que se reflejen mutuamente así? Si el noventa y cinco por ciento de lo que sostiene el universo es invisible, también lo es el movimiento dinámico del Espíritu que nos lleva hacia un despliegue real aunque invisible. Muchas más cosas suceden dentro y en torno a nosotras de lo que jamás podremos percibir. Este movimiento invisible de Amor está manteniendo

creativamente todo unido de maneras infinitamente más allá de lo que podemos preguntar o imaginar. Estamos siendo atraídas y guiadas por el encanto del Santo Misterio. La Divina Presencia está trabajando en todas las complejidades, incertidumbres y crisis que se arremolinan alrededor de nosotras, de nuestras congregaciones y nuestro mundo desordenado. Hay una sincronía, convergencia, novedad, conciencia entrelazadas en un movimiento hacia adelante. Sólo podemos ver sus destellos. Los procesos contemplativos personales y comunales pueden abrir un espacio en nosotras para fluir con lo que no podemos ver, con lo que está más allá de nosotras. Sin embargo, el camino siempre es un camino en la oscuridad. Caminamos juntas, llamándonos unas a otras a profundizar la fe en la energía invisible del Amor que nos abraza y nos lleva.

Preguntas---

¿Qué se movió dentro de ti durante la charla de Pat Farrell?

¿Cómo vives la resonancia y la resistencia al responder?

¿Cuál sientes que es el llamado de los miembros de la LCWR para guiar nuestras congregaciones a una contemplación personal y comunitaria más profunda?

FUENTES:

Barrows, Anita and Macy, Joanna, translators. *Rilke's Book of Hours, Love Poems to God*. Riverhead Books, New York, 2005

Bourgeault, Cynthia. *Centering Prayer and Inner Awakening*, Cowley Publications, Plymouth, UK, 2004

Fitzgerald, Constance. *From Impasse to Prophetic Hope: Crisis of Memory*. CTSA Proceedings 64, 2009.

Pramuk, Christopher. *At Play in Creation, Merton's Awakening to the Feminine Divine*. Liturgical Press, Collegeville, MN. 2015